

La vida que nos queda

MATTEO B. BIANCHI

Traducción de Mariana Ribot

gatopardo ediciones 

Título original: *La vita di chi resta*

© 2023, Mondadori Libri S.p.A., Milano

Publicado gracias a un acuerdo con Matteo B. Bianchi,
MalaTesta Lit. Ag. y The Ella Sher Literary Agency.

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio
de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano.

*Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari
Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.*

© de la traducción y la revisión: Mariana Ribot, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Stefania Infante

Imagen de la solapa: © Valentina Vasi

ISBN: 978-84-129125-1-7

Depósito legal: B-17262-2024

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A los supervivientes



Si te sucede lo peor que podría pasarte,
intentaré ser un buen amigo.

JOHN WATERS



Alguien ha llamado a la ambulancia. El portero, un vecino, no tengo ni idea de quién se ha tomado la molestia.

Lo deduzco porque oigo el aullido de las sirenas, siento que se acercan y se detienen a todo volumen bajo mi ventana, antes de apagarse con su sonido tubular.

Sé que es inútil, que no va a haber intentos desesperados de reanimación, que todo es ya definitivo.

Abro la puerta.

En las ventanas y los balcones, decenas de personas miran en mi dirección. Fuera, en el rellano, hay un grupito de vecinos. No dicen nada, sus miradas traslucen alarma y confusión.

Oigo las voces de los sanitarios que suben por la escalera, sus pasos apresurados. Mi piso está en la quinta planta.

Cuando los tres hombres con bata blanca llegan al rellano con la camilla están sudados y sin aliento.

El primero de los tres mira un instante a su alrededor. Repara en otro tramo de escaleras y en el agujero del ascensor. Alza los ojos al cielo y luego, dirigiéndose a mí, exclama:

—¿Por qué nadie nos ha dicho que había ascensor?

El ascensor.

S. está ahí, en el suelo, muerto, y yo tendría que haberos aconsejado que usarais el ascensor.

Como es natural no contesto, no me veo capaz.

Esta es la primera de un millón de veces.
La gente me hará preguntas y no sabré qué decir.
Durante meses, durante años.
Para siempre.

¿Y tú sospechabas que podía pasar? ¿Habías percibido señales de alerta?

Sí.

¿Y no hiciste nada?

Lo comenté. Con su familia. Con los amigos.

¿Y ellos?

Me decían que no me preocupara, que solo lo hacía para impresionarme.

¿Y tú?

Yo temía que lo dijese en serio, lo veía venir.

Hacía tres meses que ya no vivíamos juntos. Nos habíamos separado a finales de agosto de 1998.

S. aún tenía las llaves del piso. Había dejado en casa la mayor parte de sus cosas (ropa, zapatos, objetos) mientras buscaba un nuevo alojamiento. De vez en cuando venía a buscar algo que le hacía falta.

Aquella tarde me había llamado a la oficina desde el teléfono de casa. Una llamada breve, formal. No habíamos discutido ni peleado, como era habitual, incluso en los intercambios más breves.

Concluyó así:

—De todas formas, no te preocupes: cuando vuelvas ya no estaré.

Me lo tomé como un dato técnico, pero era una declaración metafórica.

Era su despedida.

Es un mantra que se repite de boca en boca. Un plebiscito espontáneo. Una conspiración inconsciente. Un voto unánime. Una plegaria constante.

Cambia de casa.

Me lo dicen todos.

Mis padres, mi hermana, mis amigos, mis compañeros de trabajo, los conocidos que se han enterado, incluso algunos extraños con los que entro en contacto.

Múdate.

Lárgate a otro lado.

Durante los primeros días me siento débil, muy débil. Ni siquiera sé si aún soy yo, si existo.

Y sin embargo mi determinación es absoluta: no, no me voy.

Los demás no dan crédito. No comprenden por qué me empeño en quedarme en una casa saturada de tantos recuerdos. Infestada de recuerdos. La casa donde hemos convivido, la casa donde él se ha quitado la vida, la casa donde encontré su cadáver.

En serio, ¿cómo se te ocurre pensar que puedes seguir viviendo allí?

Pero enseguida, desde el primer día, me doy cuenta de que es inútil dar explicaciones. Nadie sabe lo mal que lo estoy pasando, nadie es capaz de comprender mis sensaciones, el agujero negro en el que he caído. Me dan consejos desde lo alto, pero yo estoy en otro lugar.

Es como ofrecerle un vaso de agua a un hombre en llamas y sorprenderse de que lo rechace.

No me sirve vuestro vaso de agua. ¿No veis que me estoy quemando? ¿Que un paliativo es patético e inútil? Dejad que me consuma. Os lo ruego.

La receta elemental que me proponen es el alejamiento físico: que huya de mis recuerdos. No se dan cuenta de que los recuerdos me invaden. Me han calado hasta los huesos. Aunque me fuera a la Conchinchina, los llevaría conmigo. Poner océanos y continentes de por medio no serviría de nada.

Yo soy mis recuerdos. Yo soy la vida con él y su muerte absurda. Estoy hecho de esta conciencia.

Cambia de casa.

Me inspiran ternura. Ofrecen consejos para una competición cuyas reglas ignoran. Soluciones de prestidigitador para un problema de astrofísica.

Cuando los demás no te comprenden, o no pueden comprenderte, no te queda más remedio que escucharte a ti mismo.

Cuanto más insisten en que deje esta casa, más férrea es mi decisión de quedarme. Incluso extraña, en un momento en que me siento privado de voluntad y de capacidad de decisión, en que consulto con los demás las opciones disponibles, en que no consigo hacerme cargo de mí mismo.

Come algo. Vale.

Descansa un rato. Ya voy.

Cambia de casa. No.

En ausencia de otras intenciones, esta es la única que me queda. En mi fuero interno siento que debo quedarme. Siento que la carga de dolor (y de angustia, de confusión y) que pesa sobre mis espaldas no se aliviaría en absoluto con un cambio de dirección. No es una entrega a domicilio que pueda evitarse con una mudanza. No es un perseguidor al que puedas despistar corriendo más deprisa. Al contrario, en lugar de huir siento que debo quedarme quieto y afrontarlo. Que no puedo hacer otra cosa.

Como si el dolor fuese un pozo en el que sumergirse, un túnel que hay que recorrer de un extremo al otro, hasta alcanzar la salida. El hecho de que no vea la luz del final, sino pura oscuridad, no altera mi convicción de que este es el camino que debo seguir.

Busco consuelo en la literatura.

 Mi tabla de salvación en el mundo.

 Exploro librerías, busco en la biblioteca (internet acaba de nacer). No hay gran cosa sobre el suicidio. En muchas novelas aparecen personajes que se suicidan, es cierto. ¿Pero una narración específica sobre el tema? También hay algunos ensayos de psicología o estudios sociológicos. Dónde sucede con mayor frecuencia, o por qué sucede.

 De todas formas, solo encuentro material sobre las víctimas, no sobre los supervivientes.

 Pero yo soy uno de ellos, es a ellos a quienes quisiera acudir, pedir ayuda. ¿Por qué nadie les presta atención? ¿Por qué se ignora el dolor de los que se quedan?

El día de mi regreso a la oficina procuro comportarme con mis compañeros con cierta naturalidad, pese a estar hecho un trapo: tengo unas ojeras considerables, el rostro demacrado, estoy perdiendo peso a una velocidad asombrosa. Por lo demás, es difícil no reparar en mi estado de postración. Ni se me pasa por la cabeza esconderlo. Todos están al corriente de lo que ha ocurrido y no tienen más remedio que reconocerlo y adecuarse a la situación.

Me reciben con afecto, con gestos sobrios pero elocuentes. Algunos me abrazan. Otros me dan la mano. Hay quien me acaricia.

Trabajo en una agencia de comunicación. Escribo textos publicitarios, folletos informativos, catálogos, cuñas de radio, redacto contenidos.

Comparto despacho con una compañera, Tiziana.

Durante la primera mañana resisto bastante bien. Hasta que, en un momento dado, no sé por qué, y probablemente no haya ningún porqué, rompo a llorar.

Tiziana levanta la vista, ve lo que está pasando y no sabe qué hacer.

—Ay, pobre... —dice. A ella también se le humedecen los ojos, pero se contiene.

Mira hacia el pasillo. Alguien podría verme al pasar.

Se levanta, misericordiosa, y cierra la puerta. Asume el espectáculo, decide cargar ella sola con su peso.

—Vete a casa —me dice—. Vete a casa, ¿no? —reformula la frase, en clave de pregunta—. Has vuelto demasiado pronto.

Ha pasado una semana desde la muerte de S.

—Quedarme en casa es peor —explico entre sollozos—. Tengo que volver a trabajar, a tener la mente ocupada, si no acabaré por volverme loco.

Se acerca a mi silla desde atrás, me pone una mano en el hombro y lo presiona ligeramente. Una señal como tantas de cercanía, de afecto. Nunca hemos tenido mucho contacto físico. Hace años que trabajamos juntos, nos entendemos como compañeros, nos apreciamos como amigos, pero ni ella ni yo somos muy dados a sentimentalismos.

Aun así, los dos sabemos que si me abrazara ahora, yo no podría parar de llorar. Y tengo que parar. Me seco las lágrimas y me trago el nudo de la garganta.

—Ya puedes abrir la puerta.

—¿Estás seguro?

—No, pero tú ábrela.

Nuestra primera sonrisa de complicidad después de la tragedia.

Me veo obligado a hacer cuentas con el dolor, y no es una manera de hablar. Se trata de una auténtica economía de la contención: consigo tolerar cierto grado de sufrimiento, pero otras cargas resultarían excesivas. Me empujarían más allá del límite. Hacia la locura. Sé que puede ocurrir, doy fe de ello.

Hay pensamientos demasiado desgarradores para alcanzar el umbral de la conciencia, por lo que permanecen sepultados bajo la superficie, en un limbo prolongado y protegido.

De vez en cuando aflora alguna cosa: una conversación, una imagen, una pelea, una escena tierna. Son todas igualmente terribles.

Estoy en el tranvía que me lleva a casa después del trabajo. Cansado, apagado, sentado en un incómodo asiento de plástico duro, contemplo el hormiguo de la ciudad por la ventanilla. Y en este momento, uno de tantos, sin motivo alguno, me acuerdo de una de nuestras discusiones. S. dice: «Dame otra oportunidad», y yo le contesto: «Te he dado un millón de oportunidades, basta ya».

La última pelea la noche antes de que abandonara nuestra casa y volviese a vivir con su madre.

Había arrinconado aquel diálogo, pero ahora regresa a mí ese fragmento vívido y preciso. Dame otra oportunidad. No, basta ya.

Él me había pedido una prórroga y yo se la negué.

Soy un monstruo.

Esta conciencia me asalta y me sacude.

S. me pedía ayuda y yo se la negué. Podría haberlo salvado y no lo hice. Soy un monstruo.

Siento que estoy a punto de estallar. Aquí, delante de todos, en un tranvía abarrotado de gente que vuelve a casa después del trabajo.

¿Cuánto falta? Un par de paradas. Cuatro, cinco minutos. Aguanta. Tienes que aguantar.

Me pongo en pie. Me abro camino entre los cuerpos, me acerco a la salida. Dejad pasar al monstruo. Me apoyo en los respaldos, no es un problema de equilibrio, sino que tengo que aferrarme a algo. Supero la primera parada, nos acercamos a la mía. Ahora el tranvía parece moverse muy lentamente, con una placidez extenuante. Soy un monstruo. Los últimos metros son una agonía. Se abren las puertas, me precipito al exterior como si huyera de un vehículo en llamas. Ando tan deprisa que de hecho estoy corriendo. Quiero llegar a casa, ahora, ya.

Subo los peldaños de dos en dos, meto la llave en la cerradura y la giro con violencia, date prisa, no falta nada, ya casi estoy, ya está, he llegado.

Cierro la puerta a mis espaldas, me quito la mochila y me tiro al suelo. No caigo, no tropiezo, me dejo caer hacia las baldosas, dejo que el pavimento me abrace con su fría dureza y estalla el llanto que he reprimido durante todo este rato, una apnea de diez minutos, soy un monstruo. S., perdóname, soy un monstruo; mundo, perdóname, soy un monstruo; no hay absolución posible para lo que hice, soy un monstruo, soy un monstruo, auxilio, soy un monstruo, que alguien me ayude.

Antes del funeral recibo varios ramos de flores y notas.

Una de estas es de una pareja joven, vecinos de escalera. Somos amigos. De vez en cuando solíamos cenar juntos. S. sacaba a su perro a pasear, jugaba con él en la galería común.

La nota es escueta, de una sola línea, y no va dirigida a mí, sino a S. Como probablemente corresponde. Como si yo solo fuese un intermediario.

Dice: «Te echaremos mucho de menos».

Y, a renglón seguido, tres firmas: Lory, Mario y Camillo. Camillo es el perro.

No sé muy bien por qué, pero es el mensaje que más me conmueve.

También sufro cambios físicos.

Dicen que una persona puede encanecer de golpe a raíz de un fuerte shock emocional.

A mí me pasa algo parecido. Me clarean las sienes. El pelo se vuelve gris. Ya estaba encaneciendo, pero el proceso se acelera, sufre un avance inesperado. Envejezco por culpa del shock emocional.

No me limito a la tricología. El mío es un proceso holístico.

Una compañera con la que coincidí unas semanas después del funeral en una reunión de trabajo, me observa y dice:

—Es cierto que has adelgazado un montón, ¿qué dieta sigues?

Sonríe, convencida de haberme hecho un cumplido. Yo intento devolverle la sonrisa:

—Mira, es una dieta que no le aconsejo a nadie.

Solo en ese momento se da cuenta de que ha metido la pata.

—Dios mío, perdóname... —Se lleva una mano al rostro, está sinceramente afligida, pero no tiene por qué pedirme perdón. El tiempo pasa, es normal que los demás olviden la tragedia.

Ellos, que pueden.

Soy yo el que no puede dejar de pensar en ella ni un segundo. Un láser permanentemente encendido, día y noche. Es inevitable que el cuerpo se resienta.

Me estoy convirtiendo en el dolor que me habita.

S. y yo nos conocimos una noche en una discoteca a las afueras de Milán, pese a que a ninguno de los dos nos gustaba bailar. No íbamos por eso. Yo de vez en cuando me acercaba a la pista donde estaban mis amigos y meneaba las caderas al ritmo de alguna canción, tres o cuatro como máximo, pero luego me aburría. S. ni siquiera fingía que le interesase bailar. Se acodaba a la barra del bar o se apoyaba en una columna con una botella de cerveza en la mano y miraba a su alrededor. Nunca se quedaba solo mucho rato. El pelo al rape, los ojos claros y esos antebrazos que surgían de la camiseta blanca remangada y que siempre acababan por atraer a alguien. Su aire franco y viril era una mercancía poco frecuente en un ambiente en el que la masculinidad se exhibía a través de tatuajes y músculos hipertrofiados, de camisetas imperio y tejanos ceñidos. Él no hacía ninguna ostentación.

La gente se inventaba cualquier excusa para hablarle, tienes fuego, qué hora es, las banalidades de siempre. También había quien intentaba abordajes descarados que a él le divertía desbaratar. Como el chico que le dijo:

—Llevo toda la noche mirándote y preguntándome: «¿Cómo será un tío así en la cama?».

Y S. le contestó:

—Estirado.

O el tipo que había empezado diciendo:

—Me juego lo que sea a que eres bisexual. —S. asintió, y el otro añadió—: Anda, vente a mi casa, pégame y maltrátame como harías con una mujer.

S. sacudió la cabeza y contestó:

—Pues yo a las mujeres las trato bien.

No era un hombre de grandes discursos, prefería cortarlos de raíz. Era su manera de afirmar que él era él y no las fantasías que los demás proyectaban en él.

Pese a que yo ya había ido a esa discoteca varias veces y S. aseguraba acudir cada semana, nunca nos habíamos visto hasta aquella noche. Fue él quien me entró. Tenía treinta y cinco años y le gustaban los chicos más jóvenes. Todo el mundo me ponía dieciocho, aunque ya tuviera veinticinco.

—¿Por qué no quedamos alguna vez, fuera de aquí?
Acepté.